

## **LA MALDITA CULTURA DE LO GRATIS**

por **FABIO CAPUTO REY**

Es una tarde de un día cualquiera. La escena se desarrolla en la entrada a la sala donde se brinda un concierto. Dos mujeres, no importa la edad, vestidas elegantemente, se acercan a la puerta de ingreso hablando con aire indiferente. Junto a ella se encuentra un hombre parado, posee en sus manos un fajo de programas de concierto. Las dos pasan delante de él en dirección a las butacas, ignorándolo como si fuera un poste, o como si no pudieran verlo. El hombre cruza ante ellas. Sonríe y saluda con educación. “— Buenas tardes”, dice. Ellas lo miran con desagrado. Amablemente les informa que el acto tiene un valor de entrada, un valor irrisorio, destinado a cubrir los gastos de organización. La indignación se apodera del rostro de las damas. Como si el diablo las llevara, horrorizadas, se dan vuelta instantáneamente, a los gritos, ejercitando un catálogo de gestos. Expresiones de la índole: “¡Qué vergüenza! ¿Cómo pueden atreverse a semejante ofensa, a cobrar una entrada por... ESTO? Estas cosas sólo ocurren en este país. En Europa, jamás permitirían algo así”, y otras por el estilo. Se retiran de la misma forma en que llegaron. El hombre queda en su sitio, solo, perplejo, preguntándose qué hizo para causar tamaña reacción...

Esta escena corresponde a un caso verídico observado por este cronista (donde cualquier semejanza con la realidad no es pura coincidencia). No está en absoluto exagerada, me he cuidado de ello, aunque pueden variar sus protagonistas, y ocurre a diario en la entrada a muchos actos culturales de nuestra capital, ya sea en el Teatro Municipal General San Martín, la Asociación Nazionale Italiana, el Colegio de Ingenieros, o cualquier otro lugar que disponga de un salón, no importando si se trata de guitarra, piano o conjunto instrumental. Buenos Aires, afortunadamente, es una ciudad pletórica de cultura, el arte rebosa por doquier. Desgraciadamente, por ignorancia, demagogia o mala fe de nuestros líderes, tolerancia de los intelectuales y por la tergiversación de valores de nuestra época, se ha enquistado en la gente desde mediados del siglo XX la idea de que todo acto artístico debe ser gratuito. Es necesario erradicar este concepto nefasto. Expondré aquí la tesis y las razones por las que este comportamiento está mal.

En la mayoría de los casos, la reacción es producto de la irracionalidad. Pongamos por caso que la entrada valga \$ 5.- Quien se molestó en llegar hasta el concierto y se retira indignado, ni siquiera pensó que sólo por trasladarse gastó por lo menos \$ 1,60.- en transporte (80 centavos por ida y otros por la vuelta a su casa en colectivo), sin contar la pérdida de tiempo. O sea, la tercera parte del valor de la entrada aproximadamente. Puede argüirse que debería haberse avisado que el concierto no era gratuito. Pero en esto radica exactamente el asunto: ¿por qué debe sobreentenderse que un acto cultural debe ser gratuito, sino por una falla de nuestra cultura?

Tampoco es cierto que en el exterior esto no ocurra. He tenido la fortuna de estar en otras ciudades del mundo pletóricas de actividad cultural, y si bien hay numerosas actividades gratuitas, eso no implica una costumbre. Aún el más modesto de sus museos cobra una mínima entrada sugerida, pudiendo, el que quiera, aportar más dinero; estos fondos se destinan al mantenimiento y crecimiento del museo. Lo mismo ocurre con el resto de los actos culturales. Los habitantes subvencionan de buen grado las buenas iniciativas culturales. Lo gratis es una posibilidad más del panorama, y lo que está sobreentendido, al revés de aquí, es que el tiempo del artista, y el de cualquier persona, tiene valor.

Gran parte del equívoco también proviene de la falta de consideración del artista como un profesional. El músico, actor o poeta profesional, es decir, quien toma el arte como profesión y medio de vida, insume muchas horas de preparación de su acto. Tratándose de un medio guitarrístico, pensemos en las horas de estudio y práctica que se requieren para preparar un programa de una hora de duración. Ese tiempo, ¿no vale nada acaso?

En la organización de un acto cultural serio interviene generalmente una suma de esfuerzos individuales. El teatro debe poner su sala durante dos o tres horas a disposición del artista y del público asistente, lo que implica por lo menos el gasto de iluminación, y en algunos casos de sistemas de amplificación. Hay que contar además con que los responsables del teatro deben mantener su edificio, restaurándolo cuando se hace necesario y mediante el pago de impuestos a la propiedad. Esto, para las damas citadas en el ejemplo, tampoco parece tener valor.

A esto debe sumarse la organización general, que implica la impresión de programas, preparación de la sala, escenario, y en ciertos casos la contratación de profesionales accesorios, no necesariamente artistas.

Llegados a este punto, comparemos con otras actividades cotidianas. Por ejemplo, pensemos en el boleto de colectivo: a ninguno de nosotros se nos ocurriría exigir al chofer que nos transporte gratis. Automáticamente insertamos las monedas en la máquina. Si no dudamos en dar al acomodador del cine (que de “acomodador” sólo lleva generalmente el apelativo) una propina por entregarnos un papelito sucio que ni siquiera contiene un comentario decente de la película que vamos a presenciar, ¿acaso no merece más el artista por lo que nos brinda?

Vivimos en una sociedad que se maneja económicamente, y desde que el dinero reemplazó al trueque como medio de intercambio, es justo que el artista reciba una retribución, por mínima que esta sea, en compensación por lo que nos aporta, aún cuando se trate de un servicio espiritual. Estamos a favor de que la cultura esté al alcance de todos. Por eso, nótese que estamos hablando de un mínimo derecho de entrada, cuyo objetivo es normalmente cubrir costos de organización, y en el mejor de los casos, dejar una modesta diferencia para el artista independiente. No entra en este análisis la actividad de los grandes teatros capaces de financiar producciones a gran escala.

Desterremos esta mala costumbre que denigra a nuestros artistas. El producto de esta acción será que, tal vez inconscientemente, estaremos subvencionando la realización de más y mejores actos culturales para nuestra ciudad.

----- 0 -----